



Yo quisiera, con gran fuerza y gran convicción, a partir de la experiencia de una larga vida personal, decir a todos vosotros, queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida. (Benedicto XVI)

Como las mujeres del Evangelio en el sepulcro, estamos aquí con el perfume de la gratitud y el ungüento de la esperanza para demostrarle, una vez más, ese amor que no se pierde; queremos hacerlo con la misma unción, sabiduría, delicadeza y entrega que él supo esparcir a lo largo de los años. Queremos decir juntos: "Padre, en tus manos encomendamos su espíritu". Benedicto, fiel amigo del Esposo, que tu gozo sea perfecto al oír definitivamente y para siempre su voz. (Papa Francisco)



Con la fiesta del Bautismo del Señor comienza el **TIEMPO ORDINARIO**. Un tiempo litúrgico que ocupa un gran espacio durante el año. De entrada, nos enseña la importancia de nuestra vida ordinaria. Dios nos espera en aquellas cosas (tareas, relaciones, sucesos, ilusiones, amores...) que empanan toda nuestra vida, nuestro día a día.

San Josemaría nos lo explicaba así: **"Dios nos espera cada día. Sabedlo bien: hay un algo santo, divino, escondido en las situaciones más comunes, que toca a cada uno de vosotros descubrir"**. Pero ¿y cómo lo descubriremos? Poniendo amor. **"Os aseguro, hijos míos, que cuando un cristiano desempeña con amor lo más intrascendente de las acciones diarias, aquello rebosa de la trascendencia de Dios. Por eso os he repetido, con un repetido martilleo, que la vocación cristiana consiste en hacer endecasílabos de la prosa de cada día. En la línea del horizonte, hijos míos, parecen unirse el cielo y la tierra. Pero no, donde de verdad se juntan es en vuestros corazones, cuando vivís santamente la vida ordinaria..."**

Esta fiesta nos recuerda la importancia de nuestro Bautismo. Nos hace verdaderamente hijos de Dios. Nos regala la posibilidad de tratar a Jesús como hermano, a Dios como nuestro Padre, al Espíritu Santo como nuestro Amigo y santificador. Así nos lo propone San Josemaría en su libro "Forja": "Aprende a alabar al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo. Aprende a tener una especial devoción a la Santísima Trinidad: creo en Dios Padre, creo en Dios Hijo, creo en Dios Espíritu Santo; espero en Dios Padre, espero en Dios Hijo, espero en Dios Espíritu Santo; amo a Dios Padre, amo a Dios Hijo, amo a Dios Espíritu Santo. Creo, espero y amo a la Trinidad Beatísima".

HISTORIA DE UNA CONVERSIÓN:

«Dios mío, preséntame a una persona que me explique la Biblia»
 Brigilda llegó a Burgos con 25 años y una beca Marie Curie bajo el brazo, decidida a hacer un doctorado sobre nanotoxicología en la Universidad. Unos meses más tarde recibía el bautismo en la Catedral de Burgos, de manos de su obispo. Llevaba años buscando a Dios, y pidiéndole que le presentase a alguien que le hablase de Él. Así lo cuenta:
 "Me llamo Brigilda, tengo 26 años y nací en Durazzo (Albania). Soy hija única. A la edad de 2 años, mis padres decidieron dejar
 Sus padres y el resto de su familia eran musulmanes, pero no practicaban su religión. A excepción de su abuela, la persona que le enseñó a rezar oraciones en árabe, y le habló de Alá, un ser superior, poderoso y omnipotente. Pese a la admiración que sentía por su abuela, Brigilda no dejaba de envidiar a los niños católicos de su escuela, a los que veía comulgar después de asistir a misa. "A los 9 años les dije a mis padres que quería hacer la Primera Comunión. Ellos me respondieron que me dejarían libre, pero que decidiría cuando creciera", relata.
Un grave accidente de tráfico
 Un grave suceso influyó decisivamente en la fe de Brigilda. Su madre tuvo un accidente de tráfico que la dejó gravemente herida y la colocó al borde de la muerte. Brigilda rezaba sin saber a quién. "No conocía a Dios, pero le pedía con fuerza que salvara a mi madre".
 Al final, tras una larga convalecencia, la madre de Brigilda salió adelante, ante el asombro de los médicos, que lo consideraron un verdadero milagro. Para Brigilda, el accidente fue una circunstancia que sirvió para unir más a sus padres y para ponerla en camino hacia Dios, alguien a quien deseaba conocer cada vez más. Sin embargo, pasó su adolescencia y sus años en la Universidad lejos de Él.



Un doctorado en Burgos

Fue entonces cuando solicitó una beca internacional de doctorado Marie Curie para completar sus estudios en el extranjero, pese a que sólo se ofertaban catorce plazas para más de 3.000 candidatos. Deseaba hacer el doctorado en nanotoxicología, y le dieron la beca. Su centro de investigación sería la Universidad de Burgos, en España.

Al llegar a Burgos, buscó un piso cerca de la Universidad. Lo encontró en una zona de viviendas nuevas, cerca de un supermercado y de una parroquia moderna que resultó ser la parroquia de San Josemaría. Cuando pisó la iglesia descubrió que celebraban la fiesta de su patrón el 26 de junio, justo el día de su 25 cumpleaños.

"Empezó a gustarme Burgos, sus gentes, sus abundantes iglesias católicas... ¡Respiraba un ambiente cristiano y alegre! En esta ciudad castellana empecé a vivir de nuevo un periodo de reflexión y búsqueda de Dios", rememora. Un día, mientras cocinaba, en voz alta se dirigió al Señor: "Dios mío, no conozco a tu Hijo Jesús. Por favor, preséntame a una persona cristiana, católica al cien por cien, que sepa explicarme la Biblia y sobre todo la vida de tu Hijo".

Una italiana y la parroquia de san Josemaría

A las tres semanas, coincidió en un curso de la Universidad con Daniela, otra italiana que resultó ser del Opus Dei, y que se encontraba en Burgos

haciendo también un curso de doctorado. Pronto se hicieron amigas. "Empezamos hablando de nuestros trabajos de investigación, y luego ella me empezó a hablar del Papa Francisco, del cristianismo y de Jesucristo. Yo rompí a llorar, porque en ese momento tuve la certeza de que Dios había escuchado mi oración, y Daniela era el instrumento que Él había puesto en mi camino", refiere.

Daniela le acompañó a la parroquia de San Josemaría y le presentó al párroco, y Brigilda comenzó una catequesis para prepararse para el bautismo. Durante nueve meses, martes a martes, fue conociendo las principales verdades de la fe gracias a Conchita, su nueva catequista.

Cuando ya estuvo preparada, fue a charlar con el obispo de Burgos, Fidel Herráez, quien muy contento la animó a dar gracias a Dios por haberla buscado y salido a su encuentro. "Este paso que vas a dar es un comienzo, un nuevo nacimiento que tendrás que ir alimentando", le dijo el prelado. La noche del 20 de abril, durante la Vigilia Pascual, y rodeada de su familia, sus amigos y su catequista, Brigilda recibió por fin el bautismo, junto a la confirmación y a la comunión. "Pude experimentar la misericordia de Dios Padre, ver y reconocerlo así, dispensador de un Amor Infinito hacia todos los hombres. Y luego la figura de Jesús, de ese Dios hecho Hombre que vino a dar su vida en expiación por todos nuestros pecados. Recordé entonces esas palabras de san Agustín: ¡Tarde te amé, Señor, belleza antigua y nueva! Jesús me liberó de todos mis sentimientos de resentimiento, aprendiendo a perdonar a quienes me lastimaron. Ahora me pregunto con frecuencia, ¿cómo logré vivir 26 años sin Él?

ALGUNAS REFLEXIONES PARA ESTE COMIENZO DEL TIEMPO ORDINARIO:

OCTAVARIO POR LA UNIDAD DE LOS CRISTIANOS, DEL 18 AL 25 DE ENERO

La Iglesia propone una oración más intensa con motivo de la fiesta de la Conversión de San Pablo. Ofrecemos un testimonio de Tatjana Goritschewa, rusa conversa

A nuestro pueblo de Rusia, torturado pero no aniquilado, le ha quedado una autoridad: los "startsi". En un país en el que raramente se puede conseguir la Biblia, ellos son el Evangelio viviente, la demostración viva de que Dios existe, inalcanzable para el cálculo político y el pensamiento mundano. Los startsi son guías espirituales probados por su vida. Nos salen al encuentro como padres. Y como padres nos salvan, nos dirigen, nos fortalecen, nos contagian su alegría.

En Josemaría Escrivá, a quien he encontrado a través de sus escritos, he encontrado el mismo ánimo, la misma fortaleza y el mismo amor por encima de las fronteras que distingue a los espíritus. Sus obras contienen una respuesta para todo el que anda en busca de confianza. Y he hallado en él también esa autoridad inconfundible que no violenta ni oprime, sino que enamora y entusiasma: la paternidad.

Nuestro tiempo ha perdido autoridades que cohesionen a los hombres, ha perdido la paternidad. Y cuando no hay padres, los hombres se vuelven desarraigados y sin hogar. "Este hombre es jovial. No puede ser ateo", dijo Dostoyevski en una ocasión. Y Josemaría Escrivá repite como un estribillo su llamada a la alegría por ser hijos de Dios. Sorprendentemente, la santidad tiene un efecto paradójico. La santidad exige el máximo de nosotros: "sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto"

Por eso la santidad va acompañada de la alegría. El hombre del siglo XX alardea de sus libertades. En realidad es una víctima, y está dominado. No sólo por sus pasiones: la pasión fuerte, al menos hace que se ensanchen los corazones estrechos y que se dilatan los espíritus cuadrículados; hace que se derrita el mundo de sentimientos de piedra y el pensar programado del ordenador. Están dominados, porque apartan su mirada del icono para dirigirla a la televisión y esperan llenar sus anhelos con la publicidad.

En su indigencia, el hombre del siglo XX se pregunta si la Iglesia no significará para él también esclavitud. No admite las respuestas de la tradición y la moral. Sólo lo vivo convence. Un amigo que durante 35 años de su vida había seguido el lema "mejor morir de pie que vivir de rodillas" me contó que experimentó por vez primera la sensación de libertad sin límites del ser obediente al arrodillarse en una iglesia.

También la vida de nuestros maestros espirituales, el espíritu vivo de nuestros santos modernos es una respuesta. Contemplantos ensancha el alma, nos lleva a la paz.

La paternidad espiritual participa de la divina, que nos ha rescatado y liberado por amor. Por eso llamamos padre a aquel por cuya palabra Dios nos borra toda culpa: el confesor. En el sacramento del perdón amoroso se enraza la paternidad espiritual y el misterio incomprensible de su servicio. Al confesor y al director espiritual no le interesa prohibir esto o aquello. Ni la negación ni la prohibición constituyen el camino del cristiano.

La ascética cristiana no es la negación por la negación, sino un camino "de fuerza en fuerza"; no evitar el pecado, sino crecer en el amor. Y Escrivá: "Tu castidad (...) no puede ser de ninguna manera una negación fría y matemática". Antes, al contrario, el cristiano debe contagiarse con su alegría, contagiarse mediante "la santa pureza, que es afirmación gozosa".

Pureza y castidad no son aquí conceptos de la moral, no son "ética fría y abstracta. Son algo más, más profundo, más misterioso, una belleza llena de ternura y de ánimo: la santa pureza es "algo enterizo y delicado a la vez, fino, que evita incluso manifestaciones de palabras inconvenientes, porque no pueden agradar a Dios".

Quien ama a la Iglesia espontáneamente, no sólo con su inteligencia, sino con todo su ser, también con el sentimiento y el instinto, sabe que el pecado se queda sin fuerza donde hay santos. "Estas crisis mundiales son crisis de santos", dice Escrivá.

Monseñor Escrivá habla de un ambiente de santidad, incluso de su "buen olor". Sí, la santidad tiene un aroma natural. La santidad se propaga espontáneamente. Y aún. El hombre separado de ella acostumbra a vivir en el exterior. El amor convierte la presencia de los demás en el paraíso. A la vez defiende el yo interior, la persona espiritual, que se une aún más con Dios.

Me ha impresionado la constante llamada de Escrivá a la santidad de lo cotidiano. Tenemos la inclinación a esperar grandes cosas y grandes hechos. Esta tendencia -hasta el delirio de grandeza- es una señal de los proyectos humanos y las ideologías. Pero el cristianismo no es una utopía ni un simple idealismo.

Desde cualquier detalle pequeño nos mira Dios. Las cosas pequeñas cotidianas van señalando el lugar y momento adecuados y, sobre todo, reales para el amor y la fidelidad.

La poesía del cristianismo tiene su raíz en lo concreto de cada día. El cristiano está llamado, con palabras de Escrivá, a "hacer de la prosa de cada día verso heroico". Justo con el mismo sentido, el starets Paisiy Velichovskiy llamó al monje "mártir de lo cotidiano", y Escrivá al camino del cristiano "sacrificio escondido".

La paternidad es espiritual en la medida en que ella misma sea obediente y se deje guiar por el cielo. En la dirección espiritual se juntan la igualdad y la autoridad de manera admirable. El padre espiritual conduce a su hijo o su hija espiritual hacia arriba; enseña cómo se puede subir un escalón más. Como dice Dionisio Aeropagita, no se vuelve el escalón más alto de la jerarquía espiritual contra el más bajo. Ante la mirada de Dios son todos iguales. Así la dirección espiritual, con toda su igualdad, exige audacia y llama al cristiano a ser siempre fecundo.

